

## LA EFUSIÓN DEL ESPÍRITU

La “efusión del Espíritu” marca la experiencia original de la Renovación carismática, aunque no es exclusivo de ella, ya que desde la primera efusión del Espíritu dada en Pentecostés es una realidad que se ha dado en la vida de la Iglesia a los que se han abierto al Espíritu. En los inicios de la Renovación carismática se la denominó “bautismo en el Espíritu”, pero en general hoy se suele preferir hablar de “efusión del Espíritu” para evitar la confusión de esta experiencia con el sacramento del bautismo. En cualquier caso, ambas terminologías son válidas.

Vamos a desarrollar lo que es la efusión viendo lo esencial de esta experiencia, quién actúa en ella, qué disposiciones conviene tener, qué efectos produce y qué manifestaciones se dan.

### ¿Qué es la efusión del Espíritu?

La efusión del Espíritu es una experiencia espiritual por la cual la persona es transformada por la acción del Espíritu Santo. Esta es la definición esencial. La efusión del Espíritu es, ante todo, una **experiencia** profunda del **amor** de Dios, que es lo único que puede sanar, cambiar y transformar al hombre. El cardenal Suenens en el primer *Documento de Malinas* la define así:

Según el testimonio de los que han vivido esta experiencia, cuando el Espíritu, recibido en la iniciación bautismal, se manifiesta a la conciencia del creyente, este experimenta a menudo un sentimiento de presencia concreta. Este sentimiento de presencia corresponde a la percepción viva y personal de Jesús como Señor. En la mayor parte de los casos, este sentimiento de presencia está acompañado de la experiencia de un poder espontáneamente identificado como la fuerza del Espíritu Santo (cf. Hch 1,8; 10,38; Rom 15,13; 1 Cor 2,4; 1 Tes 1,5). Esta fuerza se siente en relación directa con la misión y se manifiesta como una fe animosa, vivificada por una caridad que capacita para emprender y realizar grandes cosas por el Reino de Dios. En resumen, esta experiencia es la de la inmediatez personal del amor divino y de la fuerza del testimonio misionero.

Los que no conocen la Renovación sino externamente, confunden a menudo la expresión de una experiencia profundamente personal con una especie de sentimentalismo superficial. Conviene también insistir en que la experiencia de la fe concierne a todo el hombre: a su inteligencia, a su voluntad, a su corporeidad, a su afectividad. Ha existido la tendencia, en algunos medios, a situar el encuentro con Dios solamente al nivel de una fe entendida en un sentido más o menos intelectualista. En realidad este encuentro incluye también la parte emocional del hombre, porque se dirige a cristianizar a la persona entera, y se extiende hasta la afectividad más sensible.

La efusión es la vivencia consciente de la presencia del Espíritu que penetra por completo a la persona derramando su amor. Es una vivencia envolvente y totalizante, que invade todo el ser, de modo que se puede experimentar la experiencia paulina: “no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). Así, la persona reconoce que no se pertenece a sí misma, sino que es toda de Dios: su cuerpo y su alma, sus pensamientos,

sentimientos, instintos, acciones, todo su ser quedan tomados por el Señor y se rinde completamente a Dios, entregándose totalmente a Él.

¿**Quién actúa** en la efusión del Espíritu? El que actúa es el Espíritu Santo, en unidad trinitaria con el Padre y el Hijo. La persona no tiene que hacer nada, sino solo dejarse hacer por el Espíritu, en actitud de abandono para que Dios actúe sin oponer ninguna resistencia a su obra.

El Espíritu penetra en el corazón tomando por completo a toda la persona, la posee de tal manera que queda envuelta en la presencia divina, la invade de tal modo que, sin dejar su identidad, pasa a tener una identidad nueva. El que recibe la efusión no deja de ser él mismo, pero ya no es lo mismo.

¿Qué es la **oración de efusión** del Espíritu?

La efusión del Espíritu puede darse en **cualquier** momento, en multitud de modos, lugares y expresiones, pues el Espíritu no se ata a ninguna forma o estructura. Sin embargo, hay momentos específicos en los que se pide al Espíritu que se derrame y esto es lo que llamamos la “oración de efusión”.

La efusión es la actualización existencial de las gracias ya recibidas en los **sacramentos** de la iniciación cristiana (bautismo, confirmación y eucaristía) o una preparación para los mismos si no se han recibido. A través de los sacramentos recibimos la gracia del Espíritu de un modo objetivo, pues los sacramentos son “constitutivos de la vida cristiana” (Carta de la Congregación para la Doctrina de la fe *Iuvenescit Ecclesia* n.13). Pero esta gracia recibida en los sacramentos tiene que ser cuidada, cultivada y desarrollada. En este sentido, podemos equiparar la oración de efusión del Espíritu con un **sacramental**, que es una acción eclesial que prepara para los sacramentos o los actualiza de modo vivencial.

Con el fin de prepararse a esta oración de efusión se dan **Seminarios de Vida en el Espíritu**, cuya finalidad es realizar un **proceso** de conversión para reconocer a Jesús como el único Señor de la propia vida. Se trata de la enseñanza kerigmática básica en la que abrimos el corazón al amor de Dios, reconocemos nuestro pecado y declaramos a Jesús como nuestro único Señor y Salvador, que nos sana, perdona y nos entrega su Espíritu para vivir en comunidad. Como colofón de este itinerario se realiza el llamado “**retiro de efusión**”. Después de una preparación inmediata recibiendo el sacramento de la reconciliación, purificando la intención y dejando en manos del Señor las heridas de la vida para que Él las sane, se realiza la oración de efusión del Espíritu.

La oración de efusión se hace en comunidad, la asamblea reunida invoca al Espíritu Santo para que descienda sobre los que van a recibir la efusión, mientras algunas personas discernidas se acercan a cada hermano para orar individualmente por él imponiéndole las manos, pidiendo al Espíritu que se derrame abundantemente y de un modo nuevo y lo pueda acoger en su vida concreta. Este gesto de imposición de manos no es consacratorio (como en el sacramento del Orden), ni de intercesión o sanación, sino que es “invocatorio” (cf. R. CANTALAMESSA, *La sobria embriaguez del Espíritu*, 47-48), se trata de un

signo de fraternidad cristiana como expresión visible de “la solidaridad de la comunidad en la oración para que el Espíritu, ya presente, se vuelva más activo en su vida” (J.-M. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros*, 188).

¿Qué **disposiciones** son convenientes para recibir la efusión?

Aunque podemos recibir la efusión del Espíritu por el poder divino sin ninguna acción de nuestra parte, Dios respeta nuestra libertad y no se impone contra nuestra voluntad. Por eso, para recibir la efusión del Espíritu es conveniente la apertura de corazón, la disponibilidad, la humildad, el abandono, pedir con fe incesante, pues Jesús nos ha prometido que si pedimos el Espíritu Santo se nos concederá (cf. Lc 11,9-13).

¿Qué **efectos** produce la efusión?

El **efecto principal** de la efusión es que la persona experimenta un cambio transformante gracias a la presencia y el poder del Espíritu Santo. Esta **transformación** le conduce a una vida nueva, que supone una continua conversión, como fruto de la experiencia del encuentro con Jesús vivo, y un vivir en “la gloria del Padre, el señorío del Hijo y el poder del Espíritu Santo” (primer *Documento de Malinas*), honrando al Padre con la alabanza, reconociendo a Jesús como el único Señor de la vida (cf. Hch 2,36) y viviendo con la fuerza del Espíritu.

Esta transformación en el Espíritu permanece, en lo fundamental, para siempre. A partir de aquí la persona descubre una nueva dimensión en la experiencia de Dios, experimenta una renovación en su vida, aun cuando siga teniendo sus dificultades y caídas por la fragilidad de la condición humana. El que ha recibido la efusión reconoce que a partir de esta experiencia hay un antes y un después, con una mayor confianza en el amor misericordioso de Dios, una mayor apertura a la gracia y una mayor libertad interior.

Los efectos de la efusión se dan en los **frutos** del Espíritu Santo: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (Ga 5, 22-23) (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* n.1832). Estos se **concretan** en un gran deseo de Dios, un aumento del anhelo de estar con Él, el gusto por la Sagrada Escritura y lecturas espirituales, la búsqueda de tiempos de oración, el deseo de recibir la Eucaristía...

Otro reflejo característico de esta percepción, de poder y presencia, es la intensificación de la vida de oración, con un atractivo especial por la oración de alabanza, lo cual es para muchos un acontecimiento nuevo en su vida espiritual. Esta experiencia de renovación se siente a veces como una especie de resurrección y se expresa gustosamente en términos de alegría y entusiasmo. Esto no debe hacer olvidar que, según san Pablo, la experiencia del Espíritu puede también situarse del lado de la debilidad y de la humillación (cf. 1 Cor 1,24-30), en la sobriedad y la fidelidad de los ministerios “normales” (cf. 1 Cor 12,28). Lleva también a la experiencia de la cruz (cf. 2 Cor 4,10) y debe realizarse en una conversión (*metanoia*) continua y en la aceptación del sufrimiento redentor (*Primer Documento de Malinas*).

Junto a la alabanza y la adoración, la efusión del Espíritu lleva al servicio a la Iglesia y al mundo a través del anuncio del kerigma para la nueva evangelización: “Bautismo en el Espíritu Santo, alabanza, servicio del hombre. Las tres cosas están indisolublemente unidas” (FRANCISCO, *Discurso en la Vigilia de Pentecostés* (3 de junio de 2017)).

Podemos resumir los frutos del “bautismo en el Espíritu” en algunas características que Pablo VI observó en la Renovación cuando estaba en sus inicios:

El gusto por una oración profunda, personal y comunitaria; un retorno a la contemplación y un énfasis puesto en la alabanza de Dios; el deseo de entregarse totalmente a Cristo; una grande disponibilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo; una frecuentación más asidua de la Escritura; una amplia abnegación fraterna; la voluntad de prestar una colaboración a los servicios de la Iglesia. En todo esto podemos conocer la obra misteriosa y discreta del Espíritu que es el alma de la Iglesia (PABLO VI, *Discurso a los dirigentes de la Renovación Carismática Católica con ocasión de la Primera Conferencia Internacional de Dirigentes* (10 de octubre de 1973)).

¿Qué **manifestaciones** se dan en la efusión?

Los frutos del Espíritu que se dan en el **interior** de la persona es lo primordial y perdurable, pero estos también se traslucen al exterior. Puede verse reflejado en el rostro y la actitud de la persona la paz de Dios, la alegría que irradia, el amor que comunica, la paciencia, bondad, afabilidad, etc. La persona no deja de tener su carácter y sus peculiaridades personales, pero en ella se refleja la gloria de Dios de un modo sencillo y se manifiesta a través de sus obras.

También puede haber expresiones **sensibles**, por las que en un momento concreto la persona se siente invadida por el Espíritu Santo y experimenta una conmoción interior. En este momento se pueden dar las lágrimas, que son como el agua del Espíritu que inunda el corazón y se desborda por los ojos. Hay personas que sienten una especie de escalofrío que recorre todo el cuerpo, algunos experimentan calor en el pecho o en otras zonas como las manos, se pueden dar movimientos involuntarios del cuerpo, como si uno hubiera perdido el control del mismo, puede uno entrar en una relajación profunda en la que sigue siendo consciente, pero queda como sin fuerzas invadido por el poder de la presencia del Espíritu que le llena de paz profunda (a esto se le llama “descanso en el Espíritu”). En fin, puede haber diversas manifestaciones sensibles, pero su importancia es relativa, ya que lo esencial no es lo exterior, sino lo interior (cf. Lc 11, 39-40; Mc 7, 21ss).

En cualquier caso, la eficacia de la efusión del Espíritu no se valora por las sensaciones inmediatas, sino por los frutos que se manifiestan en la vida cotidiana, al desear vivir más en Dios, buscándole, amándole, uniéndonos cada vez más a Él, con sed de su Palabra, de los sacramentos y de vivir todas las situaciones en su amor.

Eduardo Toraño López